



Las cuatro vidas de Fortunato

Esa mañana Clementina no paraba de moverse. Todos los esclavos de la casa le palmeaban la espalda y le daban ánimos.

¡Y no era para menos! Su nieto Fortunato volvía de la guerra.

¿Cuántos años hacía que no lo veía? ¿Cuatro, cinco? Ya no lo recordaba. Pero eso ahora no tenía importancia.

Al anoecer, después de una espera larguísima, el grueso portón se abrió. Una figura alta y morena hizo su entrada. Todos nos quedamos paralizados.

Sólo Clementina se abrió paso entre nosotros gritando: “¡Es él, es él!”.

Y los dos se confundieron en un abrazo interminable.

Esa noche, después de una copiosa cena, fuimos a sentarnos debajo del limonero para escuchar historias. Pero esta vez la que contaba no era Clementina. Esa vez era el turno de Fortunato.

—¿Qué hiciste en la guerra, Fortunato? —decía uno.

—¿Tuviste miedo? —decía otro.

—¿Te hirieron alguna vez? —preguntaban.

—Espacio —dijo Clementina—, no me lo mareen al negrito, que él solito va a contar.

Y así empezó Fortunato el relato de sus días en la guerra y de cómo había salvado su vida ¡cuatro veces!

—La primera vez que mi pellejo estuvo en peligro fue al cruzar la Cordillera de los Andes, camino a Chile.

La travesía se estaba haciendo de acuerdo con el plan trazado de antemano. Llevábamos diez mil mulas de silla y carga, mil seiscientos caballos y setecientas reses. Carne seca, galletas, vino y aguardiente. ¡Todo como para soportar el cruce de cinco cordilleras!

Una tarde una tormenta de granizo nos sorprendió a todos.

Nos refugiamos como pudimos en los pocos huecos que había en esas montañas. Pero el viento helado nos congelaba la cara.

La ropa que teníamos no nos alcanzaba, pero lo peor fue cuando se me empezaron a enfriar los pies.

—Pero... ¿Las botas no te abrigaban?

—¿Botas? ¿Qué botas? ¡Gracias que tenía unos tamangos forrados en lana que me había cosido mientras estaba en el campamento de Mendoza! Pero era poco pa' tanto frío.

Al cabo de un rato no podía mover los dedos, y a las dos horas... ¡tenía las piernas congeladas hasta las rodillas!

—¡Ay Virgen santísima! ¡Cómo habrá sufrido mi negrito! —sollozaba Clementina.

—Menos mal que con nosotros iba un médico de primera, el doctor Paroissien. Enseguida me masajé las piernas y me hizo tragar como medio barril de aguardiente. Con eso me salvaron de morir congelado en las montañas.

—¡Ay, Dios mío, qué fortuna que has tenido, Fortunato!

—¿Y después de todo eso tuviste que pelear?

—Claro. Después de cruzar la Cordillera peleamos en Chile. Y un tiempo después, navegamos por el océano Pacífico para atacar a los

españoles que estaban en Perú. Y en esas aguas requete frías, casi pierdo la vida por segunda vez...

—¿Y cómo fue, Fortunato?

—Atacar a los godos por mar era parte del plan de San Martín. Estaba todo calculado. Planos y cartas geográficas con los puntos de desembarco bien señalados.

Así que el 20 de agosto de 1820 salieron de Valparaíso la nave capitana O'Higgins, la fragata Águila y el bergantín Araucano.

—¿Y vos en cuál ibas, Fortunato?

—A mí me había tocado ir en el Araucano, pero me confundí y me embarqué en el Águila, donde la mayoría eran chilenos. Y esa confusión casi me cuesta la vida.

—¿Por...?

—Veníamos muy tranquilos navegando, haciéndonos señales con banderas y con una maquinita divertida, "telégrafo" se llama, para que todos siguiéramos el mismo rumbo.

—¿Qué cosa?

—El telégrafo. Es un aparatito que por aquí no se conoce.

Como les decía, los primeros días estuvo todo muy tranquilo. Hasta aburrido, diría yo. Pero al anochecer del día 30 todo nos hizo presentir que se iba a venir un temporal. El cielo se llenó de nubarrones muy oscuros y un viento huracanado comenzó a soplar. El mar lentamente se fue agitando, hasta que de pronto olas de como veinte varas nos pasaban por arriba.

—¡Ay, Virgen santísima! —gritó Clementina—. ¡Cómo habrá sufrido mi negrito!

—Dejálo contar, tía. Seguí, Fortunato.

—El capitán ordenó arriar las velas y que nos mantuviéramos todos en los puestos. Yo me había agarrado fuerte de una soga, pero el barco se movía tanto que me resultaba muy difícil sostenerme. Con cada ola que pasaba perdíamos algún barril de agua o municiones. De golpe un rayo casi hace astillas al palo mayor. El desbande fue terrible. De repente, la ola más grande que vi en mi vida pegó con tanta fuerza en el casco del barco que me soltó de la soga en la que

estaba agarrado. Rodé y rodé hasta pegarme la cabeza contra un cajón de fusiles que había, y me desmayé.

Cuando estaba a punto de salir disparado por la borda y caer sin remedio a esas terribles aguas, un chileno me agarró de los pies como pudo y logró salvarme.

Pero eso no es todo. Estuvimos navegando a la deriva varios días, hasta que el Araucano vino a rescatarnos. Cuando llegamos a las costas del Perú nuestros compañeros saltaban de alegría, porque ya nos daban por muertos. A nosotros, que éramos como ochocientos, y a las trece piezas de artillería, más las municiones y los pertrechos de guerra...

Y así, al día siguiente me encontraba pisando suelo peruano, sano y salvo...

—¡Ay, Dios mío! ¡Qué fortuna que has tenido, Fortunato! —gritó Clementina sin parar de abrazarlo.

—¿Y qué otra cosa te pasó? —preguntaron los más chicos.

—¡Uh! De todo me pasó. Después que salvé mi vida milagrosamente en el océano, casi muero en una epidemia terrible que hubo.

—¡Ay, Virgen santísima! ¡Cuánto habrá sufrido mi negrito! Cuento nomá', cuente, mi negro.

—Habían pasado pocos días de nuestra llegada al Perú, cuando todos empezamos a sentir la influencia maléfica de la temperatura. ¡Hace un calor por esos lugares! Una epidemia de terciana y disentería empezó a consumir a la tropa. El batallón cuatro de Chile que estaba formado por setecientos soldados al desembarcar, al poco tiempo sólo tenía ¡cuatro! Enseguida se lo rearmó de nuevo con negros peruanos, porque, eso sí, a los primeros que agarran pa' ir al frente es a los negros.

En los hospitales se morían de a cientos. ¡Y no había casi medicina para darles! La poca que había se la habían sacado a la fuerza a los boticarios, porque faltaba plata para pagarles.

Para colmo de males, como hacía tanto tiempo que no comíamos ni cítricos ni verdura, fuimos atacados de escorbuto.

Los pocos que estábamos sanos fuimos puestos al mando del

general Arenales para marchar a la Sierra. ¡Parecía un regimiento de esqueletos vivientes!

Una madrugada nos disponíamos a partir cuando de repente empecé a sentirme mal. Al rato tenía tanta fiebre que la cabeza parecía que me iba a estallar. Me llevaron con urgencia al hospital. Ahí estuve no sé cuánto tiempo más muerto que vivo. Cuando ya creía que no iba a volver a ver la luz del día, llegó un bergantín americano con una medicina que no había en el Perú, "cremor", creo que se llamaba, y después de unos días empecé a mejorar y a mejorar, y ya ven, ¡aquí estoy!, vivito y coleando.

—¡Oh, Dios mío! ¡Qué fortuna que has tenido, Fortunato! — volvió a gritar Clementina, enjugándose las lágrimas que le corrían por la cara.

—¿No me diga, mi negro, que además' le pasaron otras cosas?

—¡Y claro que me pasaron! La cuarta y última vez que estuve en peligro fue cuando los realistas me tomaron prisionero.

—¿Prisionero? —gritaron todos.

—Como lo oyen —respondió Fortunato, poniendo cara de valiente.

—¿Y cómo fue? ¡Contá, Fortunato!

—Eso fue en un operativo de espionaje.

Resulta que el general San Martín tenía un montón de agentes secretos que le informaban todos los movimientos que hacían los españoles en el Perú. Todos operaban con nombres falsos o números en clave. Una noche tuve que acompañar al agente 456 en una misión secreta.

Debíamos tomar conocimiento detallado de todos los recursos del gobierno, del estado de su tropa, su número, calidad y disciplina, y de cuál era el plan de operaciones en caso de que Lima fuera atacada. También debíamos llevar papeles con propaganda impresa de la Revolución para repartir en plazas, monasterios, tabernas, bodegones y todo lugar donde se reuniera mucha gente.

Así que una noche el agente 456 y yo nos embarcamos en una

pequeña nave. Al llegar cerca de la costa un pescador de los nuestros nos hizo el santo y seña: izó una bandera blanca y gritó: "¡Viva la Patria!". Así supimos que no había moros en la costa. Desembarcamos y nos repartimos las tareas. El 456 iba a mezclarse en una fiesta pa' parar la oreja y pispear todo lo que la gente opinaba de la Revolución. A mí me tocaba ir a repartir panfletos.

Así lo hicimos.

Yo llevaba todos los papeles debajo de la camisa.

Al primer lugar que entré pa' revolear la propaganda fue una barbería. Estaba muerto de miedo. Abrí la puerta y sin mirar quién había tiré un puñado de papeles al aire al grito de "¡Viva la Patria!", y salí corriendo.

El segundo fue una oficina. Hice lo mismo: entré, revoleé los papeles y salí corriendo.

Hasta ahí tuve suerte. Porque a la tercera vez, las cosas no me fueron tan bien.

El lugar elegido fue un café. Había montones de personas, hombres casi todos. Estaba por tirar al aire los panfletos cuando de golpe me vi rodeado por soldados españoles, quienes me apresaron inmediatamente.

Me llevaron a un calabozo, me golpearon de arriba abajo y me dejaron medio desmayado.

—¡Ay, Virgen santísima! ¡Cómo habrá sufrido mi negrito! —gritó Clementina.

—Así estuve varios días, hasta que una noche un soldado que vino a traerme la comida me ayudó a escapar disfrazado. Y ésa fue la cuarta y última vez que salvé mi vida.

—¡Ay, Dios mío! ¡Qué fortuna que has tenido, Fortunato! —gritó Clementina, sin parar de abrazarlo, y se fueron caminando juntos hasta perderse en el tercer patio de la casa.

Fortunato se quedó en casa unos días, nada más.

Ahora era un hombre libre y a su paso por la provincia de Mendoza había dejado un amor.

Así que estuvo con nosotros el tiempo suficiente como para contarnos sus historias de la guerra tantas veces hasta que las aprendimos de memoria.

Y después marchó a reunirse con su nueva familia.